



cratas, bajo cuya égida se fueron construyendo gigantescas máquinas de guerra que tarde o temprano se pondrían en marcha para triturar cuerpos, ilusiones y a la misma confianza en la posibilidad de la convivencia. Sorprende todavía cómo el espíritu de libertad y de amor por la vida se pueden alzar en medio de catástrofes como aquella. Rosa Luxemburgo, la insignie revolucionaria polaco-germana, prisionera en Breslau en diciembre de 1917 y asesinada a golpes por oficiales derechistas en enero de 1919, sintetizaba esta cualidad en unas memorables palabras:

Yazgo aquí en la soledad, la oscuridad y el frío, aun así mi corazón late con una inconmensurable e incomprensible satisfacción... y en las tinieblas sonrío a la vida, como si yo fuera poseedora de un encanto capaz de transformar lo que es malo y trágico en serenidad y felicidad. Pero cuando escudriño en mi mente la causa del enigma, encuentro que no hay ninguna, que la clave es simplemente la vida misma, que esta profunda oscuridad de la noche es suave y maravillosa como el terciopelo, si uno sabe mirar en la dirección correcta. Hasta el movimiento de la grava bajo el lento paso del guardia es como un amado sonido de vida... para quien tiene oídos para oír.¹



El lugar desde el que se lanzó el 29 de junio de 1916 el trágico ataque de los Honved húngaros contra las trincheras italianas, una vez que éstas habían sido sumergidas en una nube de gas.

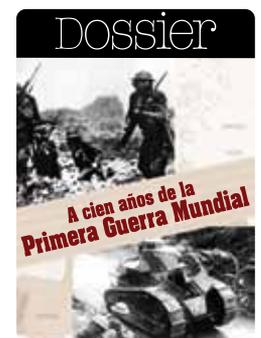
Los filósofos ante la Gran Guerra

Víctor Hernández*

La Primera Guerra Mundial marcó en varios sentidos un punto sin retorno para la humanidad. Con ella se pusieron en marcha los desarrollos tecnológicos bajo los cuales se consolidó el gran negocio de la industria militar que desde hace décadas acompaña la lucha por el control de las fuentes de energía no renovables. Fue allí donde la infantería se entierra, se inmoviliza ante la amenaza de una artillería de largo alcance desconocida hasta entonces. Nuevos instrumentos de destrucción masiva: carros de combate, lanzallamas, aviones y submarinos modifican la práctica y la forma de entender la guerra. Mucho se ha discutido sobre las causas que llevaron a las principales naciones europeas a desencadenar el conflicto, pero la aparición de todos esos artefactos delata una lenta planificación para estar a la altura de la ocasión.

Pero más allá de la búsqueda de explicaciones que necesariamente han de proporcionar las distintas ciencias sociales, resulta interesante explorar los testimonios y el actuar de aque-

llos testigos que por su propia condición tienden a reflexionar de forma peculiar sobre lo que ocurre en su propio entorno. ¿De qué manera se vieron envueltos los filósofos en este gran acontecimiento?, ¿en qué medida sus filosofías se vieron perturbadas por la guerra? Son dos preguntas que inmediatamente surgen al pensar en ello y que implican un tratamiento que va más allá del presente espacio. Sin embargo, in-



Fecha de recepción: 2014-10-20
Fecha de aceptación: 2014-11-11

¹ Citada en: Eye-Witness to History, edited by John Carey, Harvard University Press, 1987, p. 487.



L'Ame de l'Alsace Lorraine..

*Docente-investigador de la UACJ.



El interior de la casamata central del fuerte, después de su reconquista por parte francesa en noviembre de 1916.



Ma Baïonnette

¹ Todavía se puede leer con provecho el ensayo que Fritz Stern le dedica a la aparición de los cuadernos de Riezler en *The Failure of Illiberalism. Essays on the Political Culture of Modern Germany*. Columbia University Press, 1992, pp. 77-118. De paso, léase el obituario de Riezler elaborado por Leo Strauss en *Social Research*, 23 (1956), pp. 3-34.

tentaré una primera aproximación que nos permita entrever todo lo que puede sugerir este tema.

Sobre la primera cuestión podría trazarse una primera distinción tomando como criterio el grado de involucramiento. A este respecto destaca, sin lugar a dudas, la figura de Kurt Riezler (1882-1955), quien ocupó el cargo de asistente personal del poderoso Canciller alemán Teobaldo von Bethmann Hollweg, él mismo un "burócrata filósofo" según la caracterización del historiador Fritz Stern. Gracias a los cuadernos de notas de Riezler, que salieron a la luz en la década de los años 60, sobre la víspera y los años de la Gran Guerra tenemos ahora una imagen más adecuada del pensamiento y las decisiones de Bethmann Hollweg, acusado injustamente de ser el responsable principal de la Gran Guerra.¹ Riezler fue también el artífice del *Septemberprogramm* con el cual Alemania daría sentido políti-

co a sus presuntas victorias militares. No es necesario resaltar que el plan nunca pudo alcanzar sus objetivos.

Siguiendo la manía de Diderot, de imaginar los libros que sería deseable escribir, podría sugerir una edición conmemorativa en la cual se reunieran los diarios y las obras que los filósofos escribieron bajo el influjo de la Gran Guerra. Entre ellas, cabría *Los principios de reconstrucción social* de Bertrand Russell, hoy un libro un tanto pasado de moda, pero que para el autor significó su primer éxito editorial y la clave para ganarse la vida toda vez que su activismo político tendría como consecuencia una condición laboral insostenible. Según resume en su *Autobiografía*, el libro exponía su primera filosofía política, que se encontraba hasta cierto punto motivada por su intensa amistad con el escritor D. H. Lawrence. Sostenía que los seres humanos actúan más por impulsos que movidos por medio de una reflexión racional consciente. Luego dividía los impulsos en positivos y negativos, pero a la vez sostenía que los seres humanos temen pensar puesto que



Las mismas criaturas que se agitan en él, en el intento de matar para sobrevivir, tienen muy poco de humanas, como estos ametralladores ingleses en el Somme que llevan puesta la máscara antigás.

el pensamiento remueve todas nuestras certezas y, por consiguiente, cuestiona todo orden establecido. En este sentido, hacía un llamado a superar ese miedo que provoca el pensar para superar el privilegio de pocos y cambiar las formas corrientes de ser social. “¿Va a pensar libremente el trabajador sobre la propiedad? Entonces, ¿qué será de nosotros, los ricos? ¿Van a pensar libremente los muchachos y las muchachas sobre el sexo? Entonces, ¿qué será de la moralidad? ¿Van a pensar libremente los soldados sobre la guerra? Entonces, ¿qué será de la disciplina militar?”, son el tipo de preguntas incómodas que planteaba el libro y que pese a todo siguen asustando a las mentes tradicionalistas.

Hacia la víspera de la guerra Russell era un pacifista que aprovechando su enorme prestigio como intelectual y su estatus de noble liberal (era ahijado de John Stuart Mill), promovía entre la clase política la neutralidad de Inglaterra. Según relata en su *Autobiografía* la Gran Guerra provocó en él una sacudida intelectual sin precedentes que lo hizo rejuvenecer (en agosto de 1914 contaba con 42 años recién cumplidos), algo extraño si se toma en cuenta que

su activismo a favor de la neutralidad de Inglaterra motivó su expulsión del Trinity College de la Universidad de Cambridge y luego, su ingreso a la cárcel. Pero ambas cosas serían poco comparado con el distanciamiento de algunas de sus amistades más entrañables, para quienes Russell había perdido por completo la brújula. Esta era la opinión de Alfred N. Whitehead, su antiguo profesor de matemáticas, amigo y después colaborador en aquella magna empresa que rápidamente se convertiría en una de las obras más importante de todo el siglo XX: *Principia Mathematica*. La obra en sí era la materialización del sueño logicista y leibniciano que asumía que todo nuestro conocimiento matemático descansa por completo sobre un fundamento lógico.

Se trata, sin embargo, de un proyecto inconcluso. El último de los tres volúmenes que componen la obra apareció en 1913, pero todavía un año después, en el prefacio a *Our Knowledge of the External World*, Russell señalaba que algunos de los tópicos tratados en esta colección de conferencias era “un acercamiento preliminar de los resultados más precisos que él [Whitehead] ofrece en el cuarto volumen de nuestro *Principia Mathematica*”² Pero este cuarto volumen no apareció nunca debido a que las diferencias políticas cerraron el camino para continuar con la colaboración intelectual. En uno de sus libros autobiográficos recuerda:

En Inglaterra, Whitehead fue considerado únicamente como matemático, y dejó que Estados Unidos le descubriera como filósofo. Él y yo no estábamos de acuerdo en filosofía, de manera que la colaboración no pudo ya continuar, y después de que se fue a Estados Unidos, como es natural, le vi menos que antes. Empecé a discrepar de él durante



² P. 8.



la primera guerra mundial, cuando desaprobó, por completo, mi posición pacifista. Por lo que respecta a nuestras diferencias sobre este punto, fue más tolerante que yo, y tuve yo más culpa que él de que dichas diferencias disminuyesen la intimidad de nuestra amistad.³

Mientras la amistad con Whitehead se deterioraba un joven estudiante de origen austriaco irrumpía como un colaborador crítico sin igual. Poco más tarde se convertiría en una figura legendaria y extremadamente influyente en toda la filosofía del siglo XX.

Su nombre, Ludwig Wittgenstein, antiguo estudiante de aeronáutica que al enterarse de las teorías logicistas de Russell y Frege, abandonaría sus estudios de ingeniería para ocuparse de lleno a la filosofía. Sin embargo, al iniciar el conflicto, el 7 de agosto de 1914, se alistó como voluntario en el ejército de su nación y fue trasladado de inmediato a Cracovia, en el frente oriental.

La conferencia inicial sobre la filosofía del atomismo lógico de Russell, publicada entre 1918 y 1919, inicia con la siguiente declaración:

Lo que sigue a continuación es el curso de ocho conferencias dictadas en Londres durante los primeros meses de 1918, y se ocupan principalmente de explicar ciertas ideas que he re-

cibido de mi amigo y antiguo pupilo Ludwig Wittgenstein. No he tenido la oportunidad de conocer sus opiniones desde agosto de 1914, y desconozco incluso si se halla vivo o muerto.⁴

Por fortuna, se encontraba vivo aunque cautivo en Monte Cassino, Italia. Antes, en marzo de 1918, había sido transferido al 11º regimiento de artillería de montaña en el monte Asiago, pero para el 3 de noviembre sería hecho prisionero en las cercanías de Trento. Durante la guerra Wittgenstein había llevado unos diarios en donde anotaba sus reflexiones lógicas y filosóficas; estos diarios fueron la materia prima de lo que se convirtió en su único libro publicado en vida: el *Tractatus logico-philosophicus*. Este es un libro extraño tanto en su forma como en su contenido, lo cual se debe a que se trata de una rara mezcla de filosofía de la lógica y filosofía de la vida. Es decir, es una obra escrita en las trincheras en busca del sentido de la existencia.

Años después le había confiado a un amigo que su librito trataba de un problema fundamental de ética, pero le advertía al mismo tiempo que la obra se dividía en dos partes: en lo que decía y en aquello otro que no decía. Y añadía que esta última parte era la más importante. Desde un punto de vista externo hay una dosis de ironía alrededor de la creación de este libro de guerra, ya que al llegar al frente oriental Wittgenstein adquiere el libro de Tolstoi *Breve exposición del Evangelio*, el cual le proporcionará la fuerza espiritual necesaria para soportar las penurias y atrocidades de la guerra. Dicho de otra forma, para enfrentar al ejército ruso, Wittgenstein encontraba apoyo en la rebeldía espiritual de un célebre y polémico escritor ruso.

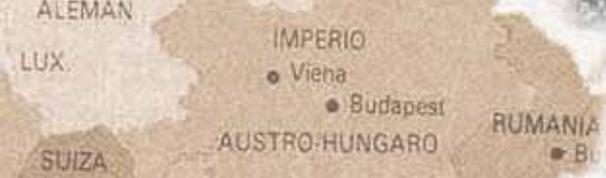
Cuando los albaceas de Wittgenstein publicaron los diarios de guerra, dejaron de lado aquellas partes de los diarios que constaban de observaciones encriptadas que luego fueron publicadas como los *Diarios secretos*, y es sólo a partir de ellos



Una fotografía desconcertante, difundida por la propaganda austroalemana: prisioneros italianos brindan por la paz, aclamando a los imperios centrales. Se trata claramente de una foto preparada, pero en la realidad el pánico y la desbandada llevaron a más de un soldado a adoptar tal actitud.

³ *Retratos de memoria y otros ensayos* (trad. Manuel Suárez). Alianza, Madrid, (s.f.), pp. 101-102.

⁴ *Lógica y conocimiento (1901-1950)* (trad. Javier Mugerza). Taurus, Madrid (s.f.), p. 249.



como puede captarse la forma como se entrecruzan los problemas filosóficos sobre la lógica con los problemas más inmediatos del sentido de la vida y el misterio de la muerte. Sin embargo, en los *Notebooks 1914-1916*, se cuelan algunas observaciones que dejan entrever la influencia de Lev Tolstoi, y con ello, el halo místico que corona la estructura lógica del *Tractatus*:

Creer en Dios quiere decir comprender el sentido de la vida.

Creer en Dios quiere decir darse cuenta que con los hechos del mundo no basta.

Creer en Dios quiere decir ver que la vida tiene sentido.

El mundo me viene dado; esto es, mi voluntad se allega al mundo enteramente desde fuera como teniéndoselas que haber con algo acabado.

(Qué es mi voluntad es algo que todavía ignoro). De ahí que tengamos la sensación de depender de una voluntad extraña...

Sólo quien no vive en el tiempo, haciéndolo en el presente, es feliz.

Para la vida en el presente no hay muerte.

La muerte no es un acontecimiento de la vida. No es un hecho del mundo (Cf. 6.4311).⁵

Hasta donde alcanzo a ver, Wittgenstein no conoció en ese entonces la postura anarcopacifista de Tolstoi y en particular, su llamado a la no violencia. De cualquier forma, antes de caer preso en las cercanías de Trento, otro joven judío, pero de origen alemán, era herido de gravedad y hecho prisionero cerca de Génova. Se trataba de Karl Löwith, quien después de la guerra se convertiría en discípulo de Husserl y Heidegger.

México y la Primera Guerra Mundial

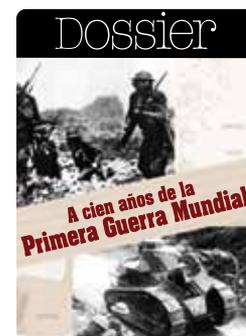
Pedro Siller Vázquez*

El 31 de julio de 1914, el periódico editado en la capital de la República *El Imparcial*, colocó a ocho columnas la noticia: “¡Guerra!, gritan en todo Europa” y al día siguiente añadía la nota del ministro plenipotenciario de México en Berlín, don Miguel Beistegui, en el sentido de que el conflicto en Europa era inevitable: Alemania, Rusia, Inglaterra, Francia y por supuesto, Austria y Europa Central estaban ya en pie de guerra. Por su parte, los Estados Unidos proclamaban su neutralidad aunque todos sabían que era temporal en tanto se preparaba para dicho combate.

Para México la sorpresa fue enorme. El país se encontraba en crisis desde el inicio de 1911 y la esperanza de encontrar la paz estaba fundada con mucho, en la ayuda de Europa para encontrar una sa-



Física y moralmente extenuados por la larga lucha, algunos soldados alemanes se rinden a los aliados en el sector de Vauxaillon.



Fecha de recepción: 2014-10-07
Fecha de aceptación: 2014-10-16

⁵ *Diario filosófico (1914-1916)* trad. Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Planeta, México, - De Agostini, 1986, pp. 128-129 (8.7.16).

* Docente-investigador de la UACJ.